



150 Aniversario del Carlismo

MI LEJANA ESTANCIA EN GRANADA

Por RAFAEL GAMBRA

Puesto que tengo ya nietos, permítaseme ejercer uno de los derechos universalmente reconocidos a los abuelos de todos los tiempos: evocar algún recuerdo de su primera y ya lejana juventud.

En este caso, de mi única estancia en la hermosa ciudad de Granada, allá donde más cabe compadecer al ciego. Hace ya cuarenta y cinco años, y sólo duró dos meses, por más que en ellos cursé, en cierto modo, toda una carrera. Pretendo evocar con ello un momento de ilusión y de heroísmo en la vida española en el que nos cupo esperar una recuperación de la fe, de la tradición y de las glorias que creímos perdidas.

Se iniciaban ya los meses invernales de 1938; contaba yo dieciocho años. Venía a la sazón —boina roja, cazadora caqui y macuto a la espalda— de pasar varios meses y muchos fríos en el Alto del León, con el Tercio navarro de Abárzuza, y acudía a los cursos de Alférez Provisional de Infantería que se realizaban, desde tiempo atrás, en esa ciudad.

A mi llegada a Granada me enteré de que no lo hacía a la templada Andalucía que yo conocí en la plana de Sevilla y de Morón, sino a una ciudad de invierno frío, cuyas heladoras amanecidas habría de sufrir cada día en las interminables operaciones ficticias por el cerro de la Perdiz, a orillas del Darro, traspasados los jardines de la Alhambra, blancos de escarcha, o en el Llano de la Cartuja baja, frente a la dorada Sierra Elvira. También aprendí que para ser admitido en la Academia era necesario llevar maleta, utensilio que, en guerra, considerábamos tan inaceptable como llevar paraguas. Nos lo enseñaba enseguida una cancioncilla con que nos recibían los cadetes veteranos ya de un mes:

Pobre Pirulo, que llegas a Granada,
Sin la maleta, no serás oficial.
Aunque tú traigas catorce laureadas
Si no traes maleta te suspenderán...

Mandaba aquella improvisada Academia de la Cartuja Alta un coronel mutilado y de avanzada edad —el coronel Izquierdo—, cascarrabias y gritón, pero que era al final un padre para tanto muchacho —casi niños— que pasaban por su mando, camino muchos de ellos, de un bello morir. Los instructores de operaciones eran alemanes. Después de cuarenta años viendo películas de boches siniestros, torpes y malvados, chocará oír que, a pesar de su dureza en el ejercicio, los cadetes los queríamos porque eran buenos con nosotros. Recuerdo a un capitán Feita (¿se escribiría así?) al que debían haber explicado que la única exclamación sería ¡caramba! Se enfurecía a menudo si el despliegue no resultaba a su gusto, y resultaba cómico oírle gritar en el colmo de la indignación ¡¡caramba!!

No tenía yo en Granada parientes ni amigos. Se me brindó, sin embargo, un verdadero hogar para los pocos días en que disfrutamos de fiesta o de permiso. Por un azar conocí pocos meses antes —estando ya en el frente— una pequeña revista carlista titulada LA VERDAD que se publicaba hacía muchos años precisamente en Granada. Era su fundador y director don Francisco Guerrero Vilches, antiguo capitán de Carlos VII, que exhibía en la revista, bajo el lema DIOS-PATRIA-REY, el título de «Caballero de la Orden de la Legitimidad Proscrita». La revista no era más que dos hojas de tamaño grande, creo que quincenal, y publicaba por el Corpus un número extraordinario con ilustraciones y mucha publicidad local. En esas páginas habían aparecido mis primeras colaboraciones, tan ingenuas como podría esperarse de los diecisiete años de edad.

Al poco de mi llegada rendí visita a mi director literario. Contaba a la sazón don Francisco ochenta y muchos años, pero me acogió con ánimo paternal y conté en su casa con un refugio seguro y cariñoso. Incluso me dijo que parecía mentira que «un intelectual como yo» tuviera que ir por el mundo con un macuto y buscando quien le cosiera y lavara la ropa. Creo que murió poco después de la Victoria. Muerte feliz y oportuna que culminaba en triunfo toda una vida de lucha por la Causa.

LA VERDAD fue, después de la derrota en la última Guerra Carlista, uno de los islotes de carlismo que pervivieron contra toda adversidad hasta alcanzar el renacer carlista del Alzamiento Nacional. Haga Dios que otros islotes que hoy perviven en esta hora triste de España lleguen a conocer parecida reviviscencia.

APOSTILLAS A UNAS ELECCIONES POR QUE SIENDO DEMOCRATA, NO PUEDO SER DEMOCRATA, O LA DEMOCRACIA QUE NOS SIRVEN

TODOS han hablado de reducir el paro.

Los unos, con una hipotética reducción de impuestos, e incluso la anulación de alguno de ellos como solución de hacer más llevadera la carga fiscal animando a la inversión. No cabe duda que ésta pudiera ser una medida que contribuyera a fluidificar la iniciativa privada, quizás la única medida con ciertos visos de efectividad entre todas las propuestas, pero que nos da el pálpito se trataba de un juego electoralero para ganar, dentro de lo posible, unas elecciones.

Más existe otro refrán, y seguimos con el refranero, que nos ilustra de que «una cosa es predicar y otra, muy distinta, dar trigo».

Entre tanto, y sobre el mismo tema, hubo algún partido que demagógicamente aseguraba crear nuevos puestos de trabajo en número de dos millones, sin explicar el cómo se realizaría tan taumatúrgico milagro.

Claro que si analizamos los métodos acostumbrados en parecidos acontecimientos, les resultaría muy fácil encerrando a dos millones de españoles en sus acostumbrados campos de concentración o manicomios políticos.

¡Así cualquiera!

O quizás más fácil, aun cuando ello fuera tanto como volver a la antigua «estrategia», a la experiencia personal de alguno de los líderes en Paracuellos del Jarama.

Algo más positivo y congruente casi con seguridad sería aquello, sin duda alguna, que pudiera ocurrirsele al tonto del pueblo.

Por lo menos, éste último no ignora que en cualquier familia tradicional española, que no sería necesario que además fuera tradicionalista puesto que se sobreentiende que estas últimas, todas ellas lo son, en aquellos casos en los que las circunstancias de la vida discurren en forma adversa, se acostumbra con la mayor naturalidad y sin aspavientos a apretarse el cinturón.

En esta democracia que nos sirven, cuando la crisis económica y laboral adquiere tintes y ribetes de tragedia, comenzamos por realizar derroches sin sentido. Nos suicidamos económicamente aflojando más el cinturón.

¡Eureka! ¡Por fin se ha descubierto la cuadratura del círculo económico!

Siguiendo con el tonto del pueblo, hasta aquel que pudiera ganarle en tontería sabe que para alcanzar un nivel de renta más alto, y con ello una mayor justicia distributiva, deberíamos contar con unas fuentes de creación de riqueza y bienestar a plena productividad y rendimiento, con los más altos productos brutos y netos, y si quieren Vds., parangonando a los economistas, de valor añadido.

¡Eso es elemental!

¡En tales condiciones no existiría paro y este país sería Jauja!

En esas circunstancias habría reducir horas de trabajo y aumentar salarios aun cuando sin tardanza se presentara Paco con la rebaja, porque en caso contrario ¿Dónde íbamos a gastar TODO lo que nos sobrase? Bien merecería la pena trabajar un poco menos por aquello de que cuerpo descansado dinero vale... aun cuando resulte difícil encontrar el lugar en el que se atan los perros con longaniza.

Si todo esto resulta ELEMENTAL, no lo es menos que si frenamos la producción (reducción de horas de trabajo) y encarecemos los productos (mayores costos de mano de obra y consecuentemente de seguridad social, horas de trabajo perdidas por huelgas y otros «menesteres», vacaciones, etc.) empobreceremos el país, aumentando la inflación y consiguientemente el paro (pescadilla que se come la cola), aumentando otro factor que no podemos ignorar como elemento de quiebra y ruina incluso familiar, el edonismo. Arruinaríamos la nación aumentando la crisis y llevándola a los que siempre la sufren, los más humildes. Siempre se rompe la cuerda por el punto más débil.

Todo esto, repetimos, es ELEMENTAL y claro, excesivamente claro, como para que no sea visto, y resulta tan «claro» como el traje del Rey